

La epopeya de la clausura

El desierto de Maquiavelo

Christopher Domínguez Michael

Este año, Sexto Piso comenzará la publicación de los Ensayos reunidos, de Christopher Domínguez Michael. De su primer tomo, que reúne ensayos desde 1983 a 1996, rescatamos esta poco conocida página sobre Maquiavelo, publicada originalmente en 1991, en El Libro del Parnaso de Coyoacán, que dirige Armando Mena.

La obra de Maquiavelo es una interesante maqueta plena en fortificaciones y puentes, príncipes solitarios y mercenarios codiciosos. *El príncipe*, *El arte de la guerra* o los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* no son, como parecen, tarea fácil para el lego. Su estilo, que tanto le preocupaba, me sugiere la imagen mental del desierto. Enemigo de la metáfora, no le molesta el sentido común y es capaz de una llaneza a estas alturas exasperante, como la que consiste en describir al buen caballo y sus cualidades frente a las torpezas del mal caballo y sus inconvenientes.

Aun tomadas todas las previsiones, llenas las alforjas de agua y dátiles, quien intenta viajar siguiendo a Nicolás Maquiavelo (1469-1527) no está exento de toparse, desierto al fin, con espejismos. Buena parte de los comentaristas de Maquiavelo, desde su no tan amigo Francesco Guicciardini (1483-1540) hasta un Federico Chabod o un Quentin Skinner, se han detenido, comprensiblemente, frente a los espejismos maquiavélicos. Lo cierto es que nadie ha podido localizar un oasis en ese desierto.

Maquiavelo no parece ser tan mal hombre como cree el vulgo, porque el Bien como el Mal le tenían sin cuidado como parámetros éticos. Bastan unas páginas de *El príncipe* para entender lo esencial: el poder y la moral nada tienen en común. Cualquier combinación entre ellos es una

estafa. Esta reflexión, común a todos los interesados desde Demóstenes y Alejandro Magno, nadie la había escrito en toda su dureza hasta que lo hizo Maquiavelo, ejemplificando hasta la saciedad con todos los casos que pudo obtener de la política de su tiempo y de la historia antigua de Roma, que era, para él, casi la única. Pero, ¿es Maquiavelo un moderno? Sin duda, pero lo que probablemente no sea es un clásico. No se da en clase, no se da como una especie de naturaleza superior de algo que deba ser imitado. Grandes devoradores de hombres como Napoleón, Hitler, Stalin o Mao no han sido buenos discípulos de Maquiavelo, pues este es un mal clásico o un clásico a medias. Los tiranos de marras dedicaron sus carnicerías a demostrar que la autonomía de la política que se deduce de Maquiavelo no fue la forma con la cual justificaron sus andanzas. Fue moral falsificada, revestida de fraseología (Libertad, Igualdad, Fraternidad, Espacio Vital, Dictadura del Proletario, Gran Salto Adelante) útil para el poder absoluto. La modernidad es anti-maquiavélica y Maquiavelo un gentil que se atrevió a llamar a conquistadores, tiranos y ladrones por su nombre, como lo haría, y lo hacen, una verdulera o un taxista.

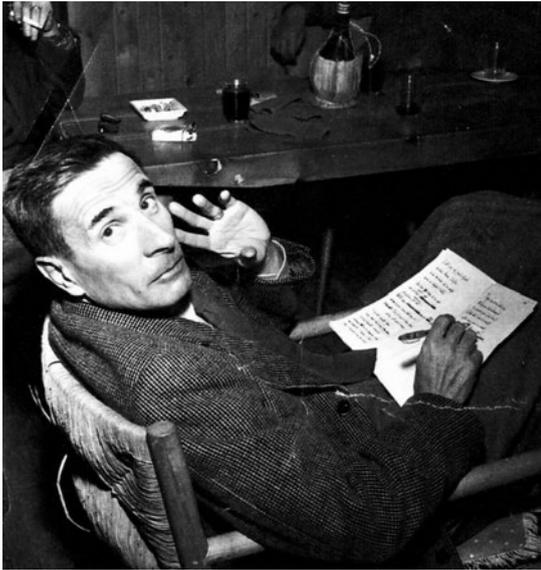
Cavando en el desierto de Maquiavelo nos topamos con que fueron la virtud y la fortuna sus preocupaciones tutelares y conflictivas. Pero lo que él entendía por virtud poco tenía que ver con lo que sus contemporáneos y nosotros entendemos por virtudes cristianas. Su *virtù* era una combinación muy elegante de orden y astucia: saber lo que uno quiere y saber cómo conseguirlo. Se trata de los famosos medios cuyo uso y abuso hicieron del siglo XX una larga escena criminal. Lo que desde luego no es culpa de Maquiavelo

como tampoco Hegel o Nietzsche guardan el modelo de las llaves de los campos de concentración.

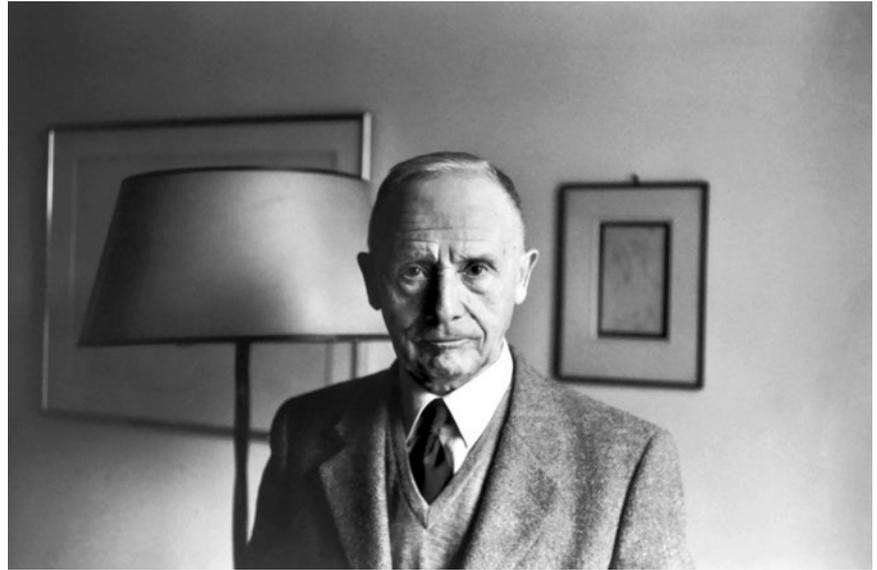
La virtud admirada por Maquiavelo en la república romana era la suma de medios que la hicieron poderosa y brillante como cuenta Tito Livio, a cuyo imperio ayudaron las buenas disposiciones de la diosa Fortuna. Separándose del humanismo ciceroniano, Maquiavelo, a su vez, no considera a la Fortuna como un premio concedido a los mortales por sus buenas obras. Para Maquiavelo, como para cualquier mortal anterior al judeocristianismo, la Fortuna es una mujer veleidosa que premia a los aventureros, a los astutos y hasta a los locos, es decir, a todos aquellos requeridos de una ayudadita para realizar hazañas por encima de sus fuerzas. Algo que sin duda une a Maquiavelo con el ex agustino Lutero, en cuanto a la dudosa eficacia de la buena conducta en la Tierra. Es una lástima que la fortuna en el mundo, tras Maquiavelo, haya dejado de tener imagen de mujer.

Las biografías de Maquiavelo no son particularmente entretenidas. No fue el Anticristo ni encarnación alguna de Belcebú. Le tocó vivir en una mala época (como lo son todas, diría Borges) y fue un político de segunda fila con pocos escrúpulos a la hora de ganarse el pan para llevar a casa. Rara vez su acción resultó decisiva como empleado que fue de la cancillería de los horribles Medici. Conoció alguna prisión, hizo muchas antesalas y, para nuestra alegría, el desempleo como político lo convirtió en escritor. Cuando le dedicó sus obras a los poderosos, estos no las leyeron; sabía o resignadamente acabó escribiéndolas para sus agradecidos amigos.

Quiso para sí, según cuentan, un lugar entre los réprobos y se alegró de haber



Dino Buzzati



Julien Gracq por Henri Cartier-Bresson

soñado que su destino estaba en el infierno, pues allí soñó con ver rostros conocidos como los de Platón y Tucídides —se ve que la invención del purgatorio para los paganos piadosos no llegó a sus oídos—, quienes le recordaron que la sabiduría no es bien vista por la divinidad. En cambio, al cabecear, vio pasar a los bienaventurados con boleto al cielo, entre quienes no distinguió a ningún amigo del conocimiento y sí a una muchedumbre de beatas y pordioseros.

Fue un marido probo y las huellas de sus aventuras galantes no se encuentran con facilidad. Poco se sabe de sus hijos aunque aún hoy hay quienes se dicen herederos de su linaje. La imagen más emocionante de Maquiavelo, cuya iconografía es muy parca si recordamos a los grandes maestros de la pintura con los cuales se topó, se debe a su propia pluma. Durante sus tediosos años de desempleo, solía levantarse al alba y vestirse con esmero, colocándose con delectación sus galas de funcionario de la cancillería. Tras lavarse las manos, digno y soberbio, se colocaba frente a sus muertos, esos clásicos de Grecia y Roma que leía con respeto y fruición en una vieja torrezuela familiar.

Quienes se pierden en el desierto suelen viajar en círculos. Así nosotros. Maquiavelo lamentó la corrupción del mundo pues descubrió azorado que la diosa Fortuna también envejecía, muriendo, acaso, con él. Su última obra es también la más extensa, una *Historia de Florencia* escrita por encargo a manera de pensión y es la

historia de una ciudad que se arruina. Culmina la obra cuando él mismo era joven y ambicioso mientras a Florencia la rodeaban, extramuros, los bárbaros y, puertas adentro, la expoliaban los ladrones.

Es mentira que Maquiavelo, como Voltaire, haya pedido un sacerdote en sus últimas horas por aquello de las malditas dudas. Fue consecuente con la esperanza de las tertulias infernales y además, ya entonces, las ciudades que rodeaban a Roma eran famosas por su impiedad. Fortuna fue piadosa con él, asistió a sus suspiros y le permitió ver restaurada a la república florentina en 1527. Carlos V hizo huir de Roma al papa Clemente VII y Maquiavelo vio salir tras él, rumbo al exilio, a sus maquiavélicos patronos, los Medici. Maquiavelo perdió al morir, no sólo la vida, sino el trabajo.

Síganme por favor en mi último rodeo por el desierto. Es sabido que Dino Buzzati (1906-1972) escribió *El desierto de los tártaros* (1940), famosa novela italiana que cuenta con desgano pero a propósito la vida de Giovanni Drogo, militar confinado en una fortaleza secundaria y fronteriza, donde se consume su vida a la espera de una guerra y de un amigo cuando el aburrido protagonista está agonizando. Un contemporáneo suyo, Julien Gracq, nacido en 1910, no sólo escribió *Los ojos del bosque* (1958) sobre la *drôle de guerre* entre franceses y alemanes durante el invierno 1939-1940 cuando, declarada la guerra, esta no empezaba, sino una obra curiosamente similar a la novela de Buz-

zati. Muchas páginas se han escrito sobre la similitud entre *El desierto de los tártaros* y *El mar de las Syrtes* (1951), de Gracq, otra novela que dibuja la larga guerra declarada entre dos imperios que durante generaciones no disparan un tiro. Fastidiado por los periodistas, Gracq se cansó de aclarar que él no había leído a Buzzati, cuya novela fue traducida al francés precisamente en 1951 cuando él publicaba la suya. Para ambos, en todo caso, la ausencia real de la guerra es una tolerable mentira de la metafísica.

La obra de Maquiavelo anticipa, según mi caprichosa opinión, las novelas de Buzzati y Gracq, rodeados de desiertos y mares donde la noaparición es una costumbre, casi una esperanza de salvación. El desierto de Buzzati, como el mar de Gracq están odiosamente vacíos. El alma de sus guerreros se seca cuando miran el horizonte. Maquiavelo, entre los siglos xv y xvi, prefiere llevar al desierto su propia obra, como un niño con sus juguetes en la playa. Juega el florentino con castillos y murallas, interpone ríos al paso de los mercenarios, haciendo un uso jovial y escandaloso de la novedosa pólvora, imitando esa historia de Roma. Su desierto político bulle en prácticas de campo y llamaradas en las torres. Pero el alma del viejo autor de *El príncipe* acabó por vaciarse. La Fortuna le regaló un uniforme impecable y a la *virtù* dejó de esperarla por aburrimento. Como algunos de los novelistas del siglo xx. Ejemplarmente los maquiavélicos Buzzati y Gracq. **U**